

LAS PROMESAS CIVILIZATORIAS Y SUS AUSENCIAS: REFLEXIONES DESDE UNA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

Karina Gabriela Ciolli¹

Resumen

A partir de un estudio etnográfico desarrollado en la Comuna Rural de Santa Ana, al sur de la provincia de Tucumán, proponemos analizar las iniciativas civilizatorias que operaron en el territorio durante y después del auge y ocaso de la configuración industrial azucarera. El concepto de iniciativas civilizatorias lo construimos para describir las complejas articulaciones, por momentos inestables, que se establecen entre diversos actores de los sectores dominantes a lo largo de la configuración histórica del territorio de Santa Ana, y al calor de los diferentes procesos globales de acumulación del capital. Sostenemos que cada una de estas iniciativas civilizatorias logró sustentarse en el territorio a partir de “promesas” basadas en la noción de modernización capitalista y de atraso popular. Estos atributos operan en la configuración de las relaciones sociales de poder a través de discursos y prácticas que se insertan en concepciones del mundo ampliadas consolidando procesos de desigualdad, estigmatización y subalternidad. Además de la perspectiva histórica, en la ponencia invitamos a la reflexión respecto del presente, a partir de una hipótesis que intentaremos poner en juego respecto de la ausencia de promesa civilizatoria actual y del desafío que esta “ausencia” supone.

Palabras clave

Relaciones de poder, civilización y barbarie, Tucumán, iniciativas civilizatorias, memoria

INTRODUCCIÓN

La presente ponencia tiene como objetivo presentar algunos de los hallazgos de una tesis de doctorado (Ciolli, 2019) cuya preocupación principal es el estudio de las relaciones de largo alcance que operan en las relaciones de clase en la Comuna Rural de Santa Ana, territorio que –ubicado al suroeste de la provincia de Tucumán– estuvo atravesado por profundas transformaciones productivas, económicas y socio-culturales tras el cierre de su principal fuente laboral en el año 1966. Para este trabajo se abordará específicamente la operatividad del concepto de iniciativas civilizatorias, el cual construimos para describir las complejas articulaciones que se establecen al interior de los sectores dominantes para llevar adelante proyectos de clase.

En el primer apartado conceptualizamos el término de iniciativas civilizatorias. Sostenemos que estos proyectos e iniciativas están sustentadas tanto por la necesidad de resolver sus intereses inmediatos –al calor de la acumulación del capital– como por la necesidad de reproducir las relaciones de poder y de dominación, mediatizadas por la lucha de clase. Las diferentes iniciativas se legitiman a partir de promesas a partir del atributo de un patrón civilizatorio.

¹ Dra. en Cs. Antropológicas. Becaria Posdoctoral CEIL-CONICET, Buenos Aires, Argentina.



En el segundo apartado concretizamos el constructo teórico de iniciativas civilizatorias, al situarlo en tiempo y espacio. Para ello analizamos las iniciativas civilizatorias que operaron en Santa Ana en el auge y ocaso de la configuración industrial azucarera. Sostenemos que cada una de estas iniciativas civilizatorias logró sustentarse en el territorio a partir de un esquema dicotómico de modernización capitalista y de atraso popular. Estos atributos operan en la configuración de las relaciones sociales de poder a través de discursos y prácticas que se insertan en concepciones del mundo ampliadas consolidando procesos de desigualdad, estigmatización y subalternidad.

Por último, y a modo de reflexiones finales, proponemos abrir preguntas respecto de la caracterización del momento actual, a partir de una hipótesis que intentaremos poner en juego respecto de la ausencia de promesa civilizatoria actual y del desafío que esta ausencia supone, a partir del concepto de crisis civilizatoria.

INICIATIVAS CIVILIZATORIAS

Las relaciones de poder se configuran histórica y territorialmente, conformando un entramado de concepciones, representaciones y prácticas que se dirimen, enfrentan y tensionan al interior de las relaciones sociales, pero cuyo marco es una cosmovisión hegemónica. Para analizar dichos entramados ponemos en juego el concepto de iniciativas civilizatorias, el cual construimos con el objetivo de comprender cómo se despliegan territorialmente proyectos (o iniciativas) de poder –cuya centralidad son los procesos de estigmatización y dominación– al calor de los procesos de acumulación del capital y de la lucha de clases.

En primer lugar, el concepto hace referencia a la noción de iniciativa, es decir, a los proyectos de poder que ponen en práctica los sectores dominantes para sostener sus intereses. Al hablar de intereses de clase, es necesario establecer una diferenciación entre los que se derivan de la existencia objetiva de las fuerzas sociales, independientes de la voluntad –tal como describe Gramsci al primer momento de la relación de fuerzas (Gramsci, 1980)–, de aquellos que suponen comportamientos conscientes y organizados.

En términos de Peralta Ramos (1972), los intereses que se derivan de la estructura económica capitalista están motorizados por las diferentes fases de acumulación de capital. Cada una de estas fases –cuya esencia es mundial y se concretiza en función de la particularidad de los distintos espacios nacionales (Fitzsimons, 2017)– corresponde a las diferentes formas en las que los capitales, impulsados por la competencia, persiguen la maximización de la ganancia.

Pero, el interés último de esta clase no es sólo la obtención inmediata de riqueza, sino el movimiento incesante de la ganancia siempre renovada. Por lo tanto, tienen que reproducir permanentemente una relación social: “El proceso capitalista de producción, considerado en su continuidad o como reproducción [...] no produce [...] mercancías solamente, ni sólo plusvalía. Produce y eterniza la relación social entre capitalista y asalariado.” (Marx, 1973, pág. 554).

De esta manera, los representantes del capital conforman proyectos e iniciativas para asegurar su dominación conformando bloques o alianzas de poder. El concepto de bloque en el poder –en el cual no sólo se incluyen administraciones empresarias y representantes del Estado, sino también actores de diversas instituciones tales como la iglesia, la escuela, y, en algunas oportunidades, los sindicatos, dependiendo de la situación histórica– permite explicar la unificación de los capitalistas individuales en un interés de clase y la generalización, por consenso y coerción, de los mismos como aspiraciones del conjunto de la sociedad (Poulantzas, 1986).



Al estar mediatizados por la lucha de clases, las iniciativas dominantes siempre se conforman como proyectos de poder inacabados. El término hegemonía (Gramsci, 1984) nos resulta central para dimensionar la permanente necesidad de la clase dominante de recrear y renovar las concepciones del mundo dominantes. Las elaboraciones de sentido común circulan, se tensionan y dirimen en los territorios. En este sentido, los proyectos de clase se concretizan en diferentes espacios, adoptando características particulares. En el territorio en el que situamos nuestra investigación las iniciativas dominantes adquieren una forma particular que nos llevan a desplegar el segundo aspecto del concepto a trabajar (iniciativas civilizatorias), aquella que alude a la noción de civilización.

Si bien el concepto de civilización tiene múltiples significados, Norbert Elias (2016) elaboró una teoría en la que lo conceptualizó como un proceso propio de la modernidad a partir del cual la violencia y las pasiones de las sociedades humanas dejaron de ser ejercidas espontánea e irracionalmente para transformarse en conductas internalizadas y autoactivas por parte de los individuos, así como por acciones monopolizadas y centralizadas por las figuras de los Estados-nación, en manos del poder político. Como contrapartida, Michael Löwy (2003) sostiene que este proceso civilizatorio, en lugar de contener la violencia, la exacerbó, siendo las guerras del Siglo XX, sus manifestaciones más evidentes. En su lugar, Löwy acuñó el concepto de barbarie civilizada, para expresar la violencia con la que durante todo el siglo XX se reveló “el lado siniestro del proceso civilizador y del monopolio estatal de la violencia [...] con toda su terrible potencia” (Löwy, 2003: 1).

En nuestro país, la civilización se configuró en su oposición con el término de barbarie. La antinomia “Civilización y Barbarie”, popularizada por Sarmiento en su obra “Facundo. Civilización y Barbarie” (1845 [1982]), sintetiza las tensiones y disputas entre los diversos intereses que se expresaron en el período de conformación del Estado-nación. Desde la perspectiva de Sarmiento, el país debía ser capaz de superar los elementos bárbaros y atrasados (correspondientes al modelo ganadero pampeano) y volcarse al progreso de las ciudades, las artes, el comercio y la educación. El sector dominante identificado como la “Generación del 80”, con Julio A. Roca como su mayor exponente, retomó esta construcción discursiva para avanzar sobre los elementos bárbaros que obstaculizaban el engrandecimiento general. Así, el dilema “Civilización y Barbarie” fue el discurso que –aún con fuertes disputas al interior de la clase dominante– legitimó la expansión capitalista en nuestro territorio que devendría en Nación. Como sostienen Svampa (1994, 2010) y Casullo (2018) el par “Civilización y Barbarie” continúa operando y estructurando la manera de ver, comprender, narrar y formular la realidad social y política actual.

El concepto de modernización –ligado al de civilización– también fue uno de los atributos que adoptaron las iniciativas dominantes. Si bien desde fines del siglo XIX, las burguesías locales bregaban por conformarse en agentes modernizadores, recién en las décadas del 50 y 60 se consolidó una perspectiva teórica de la modernización. Al término de la segunda guerra mundial, el ideario de la modernización se construyó como una utopía alimentada por las creencias en el progreso económico y social permanente y en el desarrollo de las fuerzas productivas (Colturato Festi, 2019). En nuestro país, dicha perspectiva teórica –cuyo mayor exponente fue Gino Germani– contribuyó a solidificar procesos de estigmatización respecto de trabajadores, caracterizados a través de atributos tales como la resistencia al cambio y la preponderancia a establecer relaciones de tipo tradicionales. Atributos que, integrados al sentido común, se erigen como los elementos constitutivos de los mecanismos de subalterización (Soul y Vogelmann, 2013).



INICIATIVAS CIVILIZATORIAS EN TIEMPO Y ESPACIO

La Comuna Rural de Santa Ana condensa un conjunto de características que permite analizar la dinámica de las iniciativas civilizatorias en un territorio concreto donde se desarrollaron profundas transformaciones.

En primer lugar, al estar situado en la provincia de Tucumán, el pueblo se entrama con las desigualdades estructurales entre el llamado interior y la región pampeana y del litoral porteño. En segundo lugar, se trata de un territorio tempranamente industrializado, donde a partir del nacimiento del ingenio azucarero “Santa Ana” se forjó el desarrollo de una clase obrera industrial y agraria que configuró experiencias en común. En tercer lugar, fue uno de los pueblos que sufrió el cierre del ingenio en el marco del Operativo Tucumán, transformando profundamente la vida de sus pobladores, quienes tuvieron que migrar o recurrir a otras experiencias laborales. Y, en cuarto lugar, fue uno de los territorios del sur tucumano en los cuales –dentro del régimen de promoción industrial– se instaló una planta textil y de calzado (Alpargatas), configurando otro colectivo obrero industrial, distinto al azucarero.

Estas características lo conforman en un territorio atravesado por profundas transformaciones productivas, económicas y socio-culturales, surcadas por iniciativas de poder de largo alcance que tuvieron como principal atributo de dominación y legitimidad una promesa civilizatoria y modernizadora. A continuación, analizaremos las características de dos iniciativas civilizatorias identificadas en el territorio.

INICIATIVA CIVILIZATORIA “DE LOS INGENIOS”

La iniciativa civilizatoria que denominamos de los ingenios abarca un extenso período que se remonta a la década de 1870 y que culmina en el año 1966 con el masivo cierre de ingenios en Tucumán. Si bien no se trata de un período homogéneo, dado que se conformaron diferentes bloques de poder y de dominación al interior del mismo, todos ellos se configuraron en torno de la industrialización del azúcar. El período comenzó con el ciclo de modernización de la agroindustria azucarera, hacia fines de 1870 (Girbal-Blacha, 1992). La llegada del ferrocarril en el año 1876 –que permitió conectar a Tucumán con el litoral agroexportador– y el proceso de inversión de capitales y del crédito oficial que permitieron tecnificar los ingenios y obtener ventajas en políticas fiscales y arancelarias, fueron los principales motores de dicho ciclo (Campi, 1992; Guy, 2008).

El bloque de poder que se configuró alrededor de dicha industria estuvo compuesto, en primer lugar, por la oligarquía tucumana, configurada por antiguas familias tradicionales de la provincia. A su vez, inversores extranjeros que vieron en el azúcar un negocio rentable. Tal es el caso de Clodomiro Hileret, el francés que dio nacimiento al Ingenio Santa Ana. Por último, inversores nacionales como Ernesto Tornquist que, si bien no provenía de las familias tradicionales de Tucumán –sino que ya tenía emprendimientos industriales en Buenos Aires– fue una de las principales figuras del desarrollo azucarero en la provincia.

Además de los industriales, la particularidad del desarrollo azucarero tucumano fue el destacado rol económico y político de los cañeros independientes en el sector. La estructura productiva tucumana mantuvo el desarrollo de pequeñas, medianas y grandes unidades campesinas de productores independientes alrededor de las unidades fabriles, así como una división entre los propietarios de ingenios azucareros y los cañeros independientes proveedores de materia prima. Este desarrollo fue sustancialmente diferente al recorrido por el complejo azucarero salto-jujeño, donde la concentración de tierras significó que los propietarios de ingenios sean, a su vez, los dueños de los grandes latifundios (Lenis, 2011).



La primera crisis de sobreproducción, en el año 1895, desató profundos conflictos no sólo al interior del bloque dominante –entre industriales y cañeros, grandes, medianos y pequeños– sino también entre los industriales tucumanos y los representantes de la burguesía porteña y del litoral. Éstos últimos colocaban a Tucumán en el lugar del atraso, la ineficiencia y la artificialidad en relación a la producción pampeana (Pucci, 2007) y consideraban que el Estado no tenía que destinar fondos a la misma. De esta manera, los debates entre quienes bregaban por el proteccionismo de la industria y quienes pugnaban por el libre comercio estuvieron presentes durante toda la historia de la industria y se expresaron en álgidos debates parlamentarios.

En dicho contexto, la burguesía azucarera tucumana se organizó corporativamente, dando origen al Centro Azucarero Argentino (Lenis, 2011). A través de un órgano propio de difusión –la Revista Azucarera– los empresarios azucareros se legitimaron como pioneros o agentes de la modernización:

[...] Se intentó sistemáticamente demostrar que el desarrollo de la actividad azucarera en Tucumán había convertido a la provincia en un centro de atracción de capitales, mano de obra y tecnología, que se expresaba en el desarrollo de la civilización, de la cultura, del progreso, del “espíritu de empresa” y del apego al trabajo por parte de los sectores subalternos. (Lenis, 2001, pág. 48)

Así, durante la primera etapa del despegue azucarero, la iniciativa del empresariado tucumano se fortaleció, al interior del sector dominante, a partir del atributo civilizatorio y la promesa de progreso y modernización. A su vez, este mismo atributo es el que configuró las relaciones laborales locales. La permanente escasez de “brazos” con que se enfrentaron los industriales movilizó diversos métodos de coacción para la captación y retención de mano de obra. El uso de la papeleta de conchabo², las legislaciones contra la vagancia y el mecanismo de anticipos de salarios y endeudamiento (Campi, 1992; Lagos, 1992), fueron algunos de los métodos que se institucionalizaron para la conformación del mercado de trabajo en los ingenios tucumanos y que significaron medidas violentas, moralizantes y civilizatorias para la imposición de las normas de vida y de trabajo de las familias trabajadoras (Richard-Jorba, 2006).

Hacia 1920, el sector de los cañeros independientes –que también se había organizado corporativamente en el año 1895, dando origen al Centro Cañero– comenzó a tener un rol destacado al interior de la iniciativa dominante, logrando articular un conjunto de demandas para lograr un mejor acceso a los recursos hídricos que monopolizaban los ingenios, así como un precio adecuado de la materia prima (Bravo, 2008). Su importancia en la estructura productiva tucumana aumentó significativamente a partir de los años 40: “Mientras que en 1930 los cañeros eran 6.072, a comienzos de los 40 alcanzaron a 17.000, y en 1945 a 19.347.” (Osatinsky, 2012, pág. 48).

Con la irrupción del peronismo, ya desde la actuación de Juan Domingo Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión en el año 1943, la industria azucarera tucumana comenzó a contar con planes de regulación de la actividad –a través de una Junta Nacional del Azúcar– de subsidios y de un sistema de créditos que la favorecieron. A su vez, durante el primer gobierno peronista se dictó el estatuto del peón y del trabajador de fábrica de la producción azucarera.

La intervención estatal durante el peronismo amplió las experiencias de cooperativismo agrario que se iniciaron a fines de los años 20, retomando y profundizando la creación de sociedades mixtas (privado-estatales) y cooperativas (Bustelo, 2016). El Ingenio Santa Ana se erigió como uno de los establecimientos que, después de haber sido considerado como uno de los más importantes de la provincia, comenzó a transitar

2 Documento de uso obligatorio desde tiempos de la colonia, que se otorgaba a toda persona en edad de trabajar en áreas rurales. Su uso no sólo se mantuvo durante la etapa del auge azucarero, sino que además se institucionalizó en la “Ley de Conchabo”, la cual permitía suprimir lo que se denominaba vagancia y perseguir a quienes se resistieran al trabajo.



diferentes etapas de crisis que, finalmente, en los años 30, lo llevaron a la quiebra. Tras un breve período de gestión privada (1933-1940) el ingenio fue administrado por el Banco de la Nación Argentina (BNA), su principal acreedor. Finalmente, a partir del año 1957 el Ingenio pasó a depender de la Provincia de Tucumán. Esta particularidad, de haber sido un ingenio gestionado por agentes estatales lo colocó en blanco de críticas por parte de los grandes capitales del sector.

A su vez, en dicho período se conformaron en el sur tucumano las primeras organizaciones sindicales –Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera y Federación de Empleados de la Industria Azucarera– las cuales brindaron un marco político y legal no sólo para el mejoramiento del escalafón azucarero (reconocimiento de escalas y condiciones laborales), sino también para la denuncia de situaciones de injusticia históricas. La fortaleza que comenzó a transitar el movimiento obrero azucarero, aún con sus diferencias internas, derivó, entre otros motivos, de la posibilidad de unificar, dentro de una misma entidad sindical, a trabajadores de surco y de fábrica. A su vez, en el año 1945 nació la Unión Cañeros Independientes de Tucumán que permitió organizar sindicalmente a los plantadores independientes.

Los industriales tucumanos vieron erosionar su poder frente a la importante organización de trabajadores y cañeros. Pero también, frente a la burguesía azucarera de Salta y Jujuy, la cual –ya consolidado, en los años 50, en la dirección de los principales órganos corporativos del sector– realizó una campaña en torno de la ineficiencia de los ingenios tucumanos (Pucci, 2007). Tal como expone Healey (2003), a pesar de los avances del período en términos de regulación de la actividad azucarera y de la preservación de la totalidad de los establecimientos industriales, el peronismo no logró quebrar la estructura anquilosada del poder de la oligarquía norteña, la cual será la principal promotora de la monopolización del sector, que se estructuró en la siguiente iniciativa civilizatoria.

En este contexto, el empresariado azucarero de Tucumán legitimó su rol, tal como lo habían hecho los empresarios de fin del Siglo XIX, apelando a su destacado rol social en términos del progreso y el bienestar general en la provincia:

El Centro Azucarero Regional de Tucumán [se dirigió] al gobierno nacional del Gral. Pedro Ramírez, el 2 de julio de 1943, destacando la importancia económica de esta producción para la región, al pedir que se mantenga el aumento acordado al precio del azúcar que “de subsistir; elevará el nivel de vida y asegurará el bienestar general y muy especialmente el de la clase trabajadora de esta provincia”, afirma. (Girbal-Blacha, 1999, pág. 479)

De esta manera, la promesa civilizatoria de bienestar general y de progreso se erigió como un atributo legitimador frente a los principales actores del sector: trabajadores y cañeros, representantes estatales y capitales más concentrados del sector.

A pesar de los avances y las conquistas de la clase obrera local, el sur tucumano, y específicamente Santa Ana, se configuró como un territorio con múltiples divisiones y fragmentaciones. El proyecto civilizatorio que llevó adelante la configuración agroindustrial azucarera se sustentó en la consolidación de un sistema de hegemonía empresaria³ donde el lugar de residencia reforzó la jerarquía y la disciplina al interior del ámbito productivo: las viviendas del casco urbano para familias de obreros calificados, empleados y personal jerárquico –subdivididos, a su vez, en diferentes jerarquías de viviendas en función del rango–; y las colonias periféricas para familias de zafreos temporarios y permanentes.

3 El concepto de hegemonía empresaria refiere a la dirección político-técnica y cultural que asume el capital tanto al interior del proceso productivo como en los espacios extralaborales, propiciando el desarrollo de consensos para la legitimidad del régimen capitalista de producción (Figari, 2017).



La definición de atributos adjudicados a partir de desigualdades espaciales –entre centros y periferias– y clivajes laborales –diversas categorías de trabajadores– construyeron diferencias y desigualdades al interior de la población de Santa Ana que se mantuvieron como herencia de la configuración de los ingenios aún con el cierre del “Santa Ana”.

INICIATIVA CIVILIZATORIA “OPERATIVA”

La provincia de Tucumán fue históricamente configurada como una región atrasada respecto a la próspera región pampeana, aún en los períodos de auge azucarero. A pesar del impulso de la industria del azúcar en la provincia –presentado en el apartado anterior– el desarrollo desigual de ambas regiones nunca logró revertirse: “si bien Buenos Aires y las áreas circundantes prosperaron, hacia fines del siglo [XIX] la mayoría de las provincias del interior seguían tan pobres como lo habían sido treinta años antes” (Guy, 2008, pág. 1).

En términos de Mark Healey (2003), los diferentes proyectos políticos, incluidos los gobiernos peronistas, no lograron saldar la disputa histórica entre el centro del país y el llamado interior. Una vez derrocado el peronismo, los discursos y proyectos políticos estuvieron marcados, según el autor, por un fuerte predominio desarrollista, que retomó la disputa centro-interior, con la intención de incentivar transformaciones profundas en los sectores atrasados del interior. Así, el gobierno de Frondizi recuperó el dilema sarmientino como proyecto de unificar la Argentina:

El esquema de las ‘dos argentinas’ explicaba poco. Pero su impecable linaje sarmientino, paradójicamente reforzado por el nacionalismo revisionista, lo dotaba de una notable fuerza retórica que le permitía llegar desde perspectivas muy variadas a conclusiones bastante parecidas sobre la urgencia de superar esta fractura, de consolidar una sola Argentina (Healey, 2003, pág. 175).

Si bien esta mirada respecto del llamado interior tuvo largo alcance y estuvo encarnada en diversos proyectos políticos, la matriz modernizadora se impuso de manera brusca y contundente con la llamada Revolución Argentina encabezada por Juan Carlos Onganía. En este marco, Tucumán fue señalada como una de las provincias que sostenía una estructura tradicional que había que erradicar, lo que llevó a concretar el cierre de once ingenios azucareros (Pucci, 2007). La dictadura de Onganía “apuntaba a lograr una modernización brusca y contundente. Representaba una culminación lógica de la estrategia desarrollista, esto es, la asignación forzosa de recursos al sector moderno y transnacional de la economía” (Healey, 2003: 179).

El proceso iniciado en el año 1955 en la Argentina por el bloque de poder que irrumpió tras la llamada Revolución Libertadora, se enmarcó en un contexto internacional de transformación industrial hegemonizado principalmente por Estados Unidos. Esta transformación –motorizada por la necesidad de elevar la tasa de ganancia capitalista– implicó, para América Latina, una política de incentivación de las inversiones extranjeras y de introducción de tecnología proveniente de las principales potencias, así como una orientación centrada en el liderazgo de las industrias productoras de bienes intermedios y de capital.

En Argentina, este proceso se consolidó en la década de 1960 de la mano de un patrón civilizatorio que bajo el atributo de la modernización se propuso reestructurar y reorientar las diversas ramas industriales a partir de un proceso de fragmentación estructural que estableció una diferenciación entre sectores dinámicos, por un lado, y vegetativos, por otro:



El tipo de acumulación coherente con el modelo de desarrollo de la burguesía industrial monopólica generó dos tipos de mercados de trabajo. Por un lado, el mercado de trabajo vinculado a las industrias dinámicas y caracterizado por una alta concentración industrial y un alto nivel de salarios pagados. Por el otro, el mercado de trabajo vinculado a las industrias vegetativas, caracterizado por una menor concentración industrial y un nivel bajo de salarios pagados. [...] Además, puesto que la ubicación de las industrias dinámicas admite también un corte geográfico (Bs.As., Córdoba, Sta. Fe, etc.) es dable pensar que esta variable juega un papel importante en la determinación de la heterogeneidad de la clase obrera. (Peralta Ramos, 1972, pág. 151)

El Operativo Tucumán se incluyó dentro de este tipo de iniciativas modernizadoras que – presentadas como la posibilidad de dinamizar, reconvertir y racionalizar la estructura de la economía de la provincia– abonaron a una fragmentación industrial y geográfica desplegadas a escala por la dictadura de Juan Carlos Onganía. La medida consistió en el cierre de once ingenios azucareros de la provincia y la disposición de un régimen de promoción industrial, para la radicación de industrias que no se dedicaran a la caña de azúcar y absorbieran la mano de obra local. A su vez, se puso en marcha un régimen de trabajos transitorios para emplear a los obreros desocupados en obras públicas, tales como limpieza de canales e infraestructura.

Recuperando la cita de Peralta Ramos, este proceso significó la heterogeneidad –y agregamos fragmentación y desarticulación– de la clase obrera local. Junto con el masivo desempleo y emigración, se creó la figura de trabajadores transitorios. A su vez, el régimen de promoción industrial, que prometía la atracción de industrias, no tuvo el resultado esperado, dado que fueron muy pocas las industrias que se emplazaron en las zonas de influencia de los ingenios cerrados.

Santa Ana era considerada un área especialmente crítica luego del proceso de cierre de su principal fuente laboral, motivo por el cual se concedía un 100% de los beneficios a las industrias que se instalaran en un radio de 10 kilómetros (Paolasso y Osatinsky, 2007). Recién en el año 1971 se radicó la Fábrica Argentina de Alpargatas, dedicada a la producción de calzado. Sin embargo, la misma se instaló en el Municipio de Aguilares – ubicado a 12 kilómetros de la Comuna Rural de Santa Ana– por considerar que Santa Ana tenía una cultura ancestral y “era un polvorín o un volcán en permanente erupción [...] un cementerio donde los muertos caminaban” a diferencia del municipio lindero, que se lo consideraba “una ciudad de clase media que no había sufrido ningún remezón”⁴. A pesar de su localización, la empresa se comprometió a que el 80% de su personal –de un total de 1200 operarias y 600 operarios– correspondería a habitantes de Santa Ana.

En el marco del proceso de fragmentación de la clase trabajadora local, la administración empresaria ahondó aún más dicha heterogeneidad, al imponer, en su proceso de selección de la fuerza de trabajo, una franja etaria que dejaba afuera a los ex obreros del ingenio. Así incorporaron principalmente a trabajadoras y trabajadores jóvenes, entre 18 y 25 años, considerando que de esa manera podían moldearlos, mientras que los más grandes ya tenían una formación cultural arraigada que, desde la perspectiva de la administración empresaria era imposible de modificar:

Tuvimos muchas quejas de los padres de esas criaturas [quienes ingresaron], porque lógicamente, la gente de 40 años creía que eran los que iban a entrar en Alpargatas, pero imposible. Primero por su formación cultural, eran analfabetos. Segundo, por su habilidad de pelar cañas o de trabajos pesados, que no servía. Y tercero y a lo mejor lo más grave, por su afición al alcohol (Marcos, ex gerente de Alpargatas, comunicación personal, diciembre de 2017).

La adjudicación de atributos negativos a los trabajadores azucareros se enmarcó dentro del discurso modernizador de la civilización operativa. En palabras del gerente: “El gran beneficio del Operativo Tucumán,

4 Palabras de un ex gerente de Alpargatas, comunicación personal, Yerba Buena, diciembre de 2017.



que está muy difamado, fue que transformó la cultura ancestral de Tucumán y los seres humanos empezaron a ser seres humanos.” (Marcos, ex gerente de Alpargatas, comunicación personal, diciembre de 2017).

La nueva empresa construyó legitimidad en torno de la responsabilidad social de la empresa para que la provincia “recupere su pujanza y dinamismo”, tal como lo manifestó Roberto Fraser, el presidente de la compañía en el marco de la inauguración de la planta, en el año 1971:

Somos conscientes de nuestras obligaciones y deberes para con la comunidad y este sentido de responsabilidad quedará demostrado en todos nuestros actos futuros, cuando esta promesa que es ahora Alpargatas sea para Tucumán una realidad dinámica que llevará alegría y progreso a los habitantes de esta zona [...] [comprometiéndose a] trabajar sin pausa hasta que la provincia recupere su pujanza y dinamismo (La Gaceta, 24 de julio de 1971).

El sentido de responsabilidad —que se contrapone a los sentidos construidos en torno a la necesidad de que la empresa esté lo más alejada posible de Santa Ana— construyó una promesa civilizatoria basada en las nociones de promesa y progreso, sentidos que aún hoy operan entre los habitantes de Santa Ana.

A pesar de los discursos modernizadores, ni el régimen de promoción industrial ni el de trabajos transitorios lograron calmar la agitación social en la provincia (Nassif, 2015). El cultivo social que se produjo por las consecuencias del cierre de ingenios generó las condiciones para el desarrollo de lo que se denominaron los “tucumanazos”, que tuvieron su antecedente en las luchas llevadas a cabo a finales de la década del 60 por los obreros azucareros. Asimismo, las organizaciones políticas armadas, que comenzaron a actuar en la provincia desde fines de los años 60, se consolidaron en los años 70 en el sur tucumano. Este acelerado proceso de revueltas sociales intentó ser “apagado” en el año 1975, a través de un proceso represivo sin antecedentes denominado “Operativo Independencia” que contó con un plan sistemático de aniquilamiento y desaparición de personas, el cual se conformó en el laboratorio de un proceso militar que un año después se extendió a todo el territorio nacional.

REFLEXIONES FINALES: PROMESAS CIVILIZATORIAS Y SUS AUSENCIAS

La iniciativa civilizatoria que denominamos “operativa” resquebrajó las promesas de trabajo para la población local. Sin embargo, logró desarrollar su iniciativa de clase: el proceso de concentración y centralización de la industria azucarera, y la desarticulación de la clase trabajadora tucumana.

La iniciativa civilizatoria operativa sentó las bases para una nueva fase de acumulación del capital, basada en una creciente concentración de capital a nivel mundial, en la imposición del capital financiero como forma hegemónica (Íñigo Carrera y Podestá, 1997) y en la expansión corporativa global (Galafassi 2014; Figari, 2017).

En Santa Ana este proceso se expresó en dos sentidos. En primer lugar, el proceso de transformación agroindustrial, basado en la automatización del cultivo y cosecha de caña, disminuyó la ocupación en la principal actividad de la zona (dado que a pesar del cierre del ingenio, su población continuaba ocupándose de la cosecha de caña para ingenios de la zona). De aproximadamente 40.000 trabajadores ocupados en la etapa agraria de la caña en el sur tucumano, en el año 1999 se calculaba un total de 15.000. (Giarraca, 2000). Proceso que continuó avanzando, fundamentalmente a partir de las cosechadoras integrales.

En segundo lugar, el proceso de reconversión productiva en la industria textil y del calzado significaron y de la deslocalización productiva en función de las cadenas globales de valor, incidieron en el empleo de Alpargatas. La fábrica cerró sus puertas en el año 2000 suspendiendo a todo su personal, tal como sucedió con



la totalidad de plantas de la empresa situadas en diferentes puntos del país (Ciolli, 2016). Transcurrieron más de dos largos años de agonía y de búsqueda de estrategias laborales hasta que en mayo del año 2002 la planta de Tucumán reabrió, aunque con una disminución del 50% de su personal, porcentaje que no se revirtió en los años posteriores, exceptuando determinadas temporadas puntuales en las cuales se contrató personal eventual. En el año 2018 nuevamente se realizó el despido de 500 trabajadores y trabajadoras, achicando aún más las posibilidades de empleo registrado en la Comuna. La mayor parte de la población se dedica hoy a la actividad cañera y a la cosecha del limón y el arándano como parte de las llamadas “economías regionales” y en los meses de verano la Comuna queda casi desierta por la temporada del trabajo golondrina.

El modelo de acumulación capitalista no sólo arrastró a los pueblos como Santa Ana a profundas problemáticas económicas y sociales estructurales, sino que el proceso adoptó escala planetaria. A partir del año 2008, algunos autores comenzaron a utilizar el concepto de crisis civilizatoria o crisis sistémica para dar cuenta de la extensión y profundidad que habían alcanzado las contradicciones del modelo de acumulación capitalista:

Una crisis integral, civilizacional, multidimensional, cuya duración, profundidad y alcances geográficos el tiempo se encargará de demostrar que será de mayor envergadura que las que le precedieron. [...] Se trata de una crisis que trasciende con creces lo financiero o bancario y afecta a la economía real en todos sus departamentos. Y además es una crisis que se propaga por la economía global y que desborda las fronteras estadounidenses. (Borón, 2009).

La desaceleración de la economía -causada por la agudización de la normalidad capitalista: competencia y carrera tecnológica, sobreproducción, caída de ganancia- y la consecuente búsqueda de rentabilidad en la especulación financiera, anticipaban el estallido de una nueva y enorme burbuja global a base del endeudamiento desenfrenado de estados y de grandes corporaciones globales. Dicha crisis de deuda fue la única solución dada a la crisis del 2008.

El 2020 –y la llegada de la pandemia del COVID-19– evidenció las dificultades de reproducción del capital (evidenciada por la acumulación de deuda por sobre la “economía real”), el aumento de la desigualdad social, el crecimiento del desempleo y del trabajo precario e informal a escala planetaria (Ciolli, 2020).

Estos procesos abren preguntas respecto de cuál es la iniciativa civilizatoria –si la hay– que continuará elaborando estrategias (y promesas) de poder productivas, sociales, económicas. Esta preocupación nos encuentra con el desafío de construir líneas de indagación que permitan analizar las posibles respuestas que propone el modelo de acumulación actual para reponer nuevas promesas e iniciativas civilizatorias, así como las posibles propuestas que expresan tensiones y eventuales rupturas con el orden civilizatorio capitalista.

REFERENCIAS

- Borón, A. (2009). *De la guerra infinita a la crisis infinita*. Ponencia, *XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo*, La Habana, Cuba.
- Bustelo, J. (2016) Los ingenios mixtos en Tucumán durante el primer peronismo (1943-1955). *Revista Hindustria*, Año 10, N°19.
- Campi, D. (1992). *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina*. Tomo 1. Facultad de Ciencias Económicas y Unidad de Investigación en Historia Regional UNJu.
- Casullo, María E. (2018). *El perpetuo viaje hacia la barbarie*. En: Torre, J.C. [et al.], *¿Volverá el peronismo?* Buenos Aires: Capital Intelectual.



- Ciulli, K. (2016). Internacionalización de la producción y reorganización de la hegemonía empresarial: el caso de Alparatas S.A. *Revista Theomai*, 33, pp. 28-42.
- Ciulli, K. (2019). El dilema 'Civilización y Barbarie'. Configuración de las relaciones sociales de poder en un pueblo del sur tucumano (tesis de doctorado). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Ciulli, K. (2020). Crisis civilizatoria y el futuro del capital y el trabajo. *Revista Trabajo y Sociedad*. N° 35, Vol. XXI, pp. 209-2014.
- Colturato Festi, R. (2019). El mundo del trabajo y los dilemas de la modernización: recorridos cruzados de la sociología francesa y brasileña (1950-1960). *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*. Vol. 23 Núm. 38/39, pp. 303-311
- Elias, N., (2016). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Figari et al. (2017) *La trama del capital: la hegemonía empresaria en la Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos.
- Fitzsimons, A. (2017). *Estado y Acumulación de capital en Argentina. La expansión de las empresas extranjeras entre 1958 y 1963*. Buenos Aires: TeseoPress
- Galafassi, G. (2014). *Apuntes de acumulación: capital, estado y procesos sociohistóricos de reproducción y conflictividad social*. Ranelagh: Extramuros Ediciones.
- Giarraca, N. (comp.). (2000). *Tucumanos y tucumanas: zafra, trabajo, migraciones e identidad*. Buenos Aires: La Colmena.
- Girbal-Blacha, N. M. (1992) Estado, modernización azucarera y comportamiento empresario en la Argentina (1876-1914). En Campi (comp.) *Estudios sobre la historia de la industria azucarera* Tomo I. Facultad de Ciencias Económicas (UNT) Unidad de Investigación en Historia Regional (UNju)
- Girbal-Blacha, N. M. (1999). Economía azucarera tucumana y crédito en tiempos del peronismo (1946-1955). Una ilustración de conflictos y compensaciones. *Revista Anuario IEHS*, 14, pp. 471-495.
- Gramsci, A. (1980). Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas. *Nueva Antropología*, IV, 16, pp. 7-18. Asociación Nueva Antropología A.C. Distrito Federal, México.
- Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel*. Editorial Nueva Visión.
- Guy, D., (2008). *Política azucarera tucumana y la generación del ochenta*. Tucumán: EDUNT
- Healey, M. (2003) El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extrapampeanas. En James, Daniel (comp.). *Nueva Historia Argentina: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Sudamericana. Tomo IX, Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, N. y Podestá, J. (1997). Las nuevas condiciones en la disposición de fuerzas objetivas. La situación del proletariado. Documento de trabajo N° 5. Buenos Aires: Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA).
- Lagos, A.T. (1992). Regulación legal del trabajo en Haciendas, Ingenios y Plantaciones de caña de azúcar en la provincia de Jujuy. Siglo XIX a mediados del XX. En Campi (comp.) *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina. Tomo 1*. Facultad de Ciencias Económicas y Unidad de Investigación en Historia Regional UNju.
- Lenis, M. (2011). Tarifas aduaneras e industria azucarera en la Argentina. El discurso azucarero en torno al proteccionismo a fines del siglo XIX. En *Historia Regional, Sección Historia*, ISP 3, Año XXIV, 29, pp. 37-59.
- Löwy, M., (2003). La dialéctica de la civilización: barbarie y modernidad en el Siglo XX. *Revista Herramienta* Vol. 7, N° 2, pp. 141-150, Buenos Aires.
- Marx, K., (1973). *El Capital*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre.
- Nassif, S. (2015) Ni trabajo ni diversificación agro-industrial. El impacto del cierre de los ingenios tucumanos durante la dictadura de la 'Revolución Argentina' (1966-1973). *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 43, pp 93-124
- Osatinsky, A. (2012). Estructura productiva, actividad azucarera y mercado de trabajo en Tucumán (1930-1970). *Revista de Historia Americana y Argentina*, Universidad Nacional de Cuyo. 47, pp. 41-71.
- Paolasso, P.; Osatinsky, A. (2007). Las transformaciones económicas y sociales de Tucumán en la década de 1960. Congreso VIII Encuentro Nacional de la Red de Economías Regionales en el Marco del Plan Fénix - I Jornadas Nacionales de Investigadores de las Economías Regionales.



- Peralta Ramos, M. (1972). *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1986). *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*. Buenos Aires: Pasado y presente.
- Pucci, R. (2007) *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*. Buenos Aires: Ediciones del Pago Chico.
- Richard-Jorba, R., (2006). Reglamentos de trabajo argentinos y uruguayos, 1895-1905. *Estudios del Trabajo*, 147-166.
- Sarmiento, D. F., (1845) 1982. *Facundo. Civilización y Barbarie*. Madrid: Hyspamerica Ediciones S.A.
- Soul, J. y Vogelmann, V. (2010). Reconversión productiva y significaciones obreras. Transformaciones en las industrias frigorífica y siderúrgica. *Intersecciones en Antropología* 11, pp. 89-101.
- Svampa, M., (1994). El dilema argentino: civilización o barbarie. Bueno Aires: Ediciones El Cielo por Asalto. Svampa, M., (2010). Civilización o Barbarie: de “dispositivo de legitimación” a “gran relato”. Presentación en el Centro Haroldo Conti, Secretaría de Derechos Humanos, Seminario de Mayo/200 años de historia argentina, El difícil proceso de construcción de una Nación, 12, 13 y 14 de mayo de 2010.

